



Imaginación: El Jardín Secreto de la Infancia

Por HeyZeus Oak

Dedicar tiempo a observar a un niño pequeño mientras juega permite notar algo extraordinario que comienza a aparecer bajo la superficie de lo que parece una actividad ordinaria. Unas pocas piedras acomodadas en la tierra se convierten en una panadería. Una rama caída se transforma en un caballo que galopa por un campo. Un simple trozo de tela se vuelve una capa, un río o el refugio de una pequeña familia de muñecos.

Para un adulto estas transformaciones pueden parecer caprichosas o pasajeras. Sin embargo, para el niño son profundamente reales. El niño pequeño no simplemente finge que una cosa es otra. Vive dentro de un mundo donde la imaginación y la realidad todavía se entrelazan suavemente.

En los primeros años de vida, el niño lleva dentro de sí un rico paisaje interior de imágenes. Este mundo interior no está separado de su experiencia exterior, sino que crece directamente a partir de ella. El olor del pan horneándose, el sonido del viento moviéndose entre los árboles, el ritmo de barrer el suelo y la calidez de la voz de un padre o una madre contando una historia se convierten silenciosamente en imágenes vivas dentro del niño.

Estas imágenes forman los comienzos de la imaginación.

En la educación Waldorf entendemos que la imaginación no es simplemente creatividad o entretenimiento. Es una de las capacidades humanas más profundas, que se desarrolla silenciosamente durante la primera infancia. Mucho antes de que aparezca el pensamiento abstracto, el niño pequeño comprende el mundo a través de imágenes. La experiencia se convierte en imagen. Una historia se transforma en un paisaje. Un momento de cuidado se convierte en un recuerdo vivo que más tarde puede reaparecer en el juego.

En este sentido, la imaginación no es algo que el niño inventa de la nada. Crece a partir de la vida misma. Las impresiones que el niño recibe a través de los sentidos se transforman gradualmente en imágenes interiores que viven dentro de su vida anímica en desarrollo.

Por esta razón, la imaginación del niño pequeño es delicada. Se despliega lentamente a través de la experiencia vivida y de la propia actividad creativa del niño. Así como un jardín debe protegerse mientras las nuevas plantas echan raíces, el mundo interior del niño necesita tiempo, espacio y cuidado para desarrollarse de forma natural.

En la educación Waldorf solemos hablar del ser humano como poseedor de doce sentidos a través de los cuales nos encontramos con el mundo. Mientras los adultos tienden a pensar solo en la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, el niño pequeño también está desarrollando sentidos más profundos que le permiten experimentar el movimiento, el equilibrio, el calor y una sensación general de bienestar dentro de su propio cuerpo.

Estos sentidos fundamentales ayudan al niño a sentirse orientado y seguro en el mundo. Cuando se nutren mediante el movimiento real, un ritmo constante, actividades con sentido y tiempo en la naturaleza, el niño comienza a sentirse en casa dentro de sí mismo. A partir de esta estabilidad interior, la imaginación puede comenzar a florecer.

La imaginación del niño no crece simplemente a partir de la estimulación. De hecho, demasiadas imágenes ya terminadas pueden debilitar la capacidad del niño para crear las suyas propias.

La cultura moderna rodea a los niños con imágenes completas que llegan totalmente formadas. Las pantallas entregan rápidas secuencias de colores brillantes, personajes dramáticos e historias que se mueven con rapidez y dejan poco espacio para la interpretación. Estas imágenes entran en los sentidos del niño de manera rápida y poderosa, y debido a que los sentidos del niño pequeño todavía están abiertos y receptivos, estas impresiones a menudo se asientan profundamente en su vida interior.

Sin embargo, estas imágenes no son creadas por el propio niño. Vienen desde afuera.

Cuando la imaginación crece de manera saludable, surge del propio encuentro del niño con el mundo. Un simple palo puede convertirse en muchas cosas porque la vida interior del niño está moldeando activamente la experiencia. La imaginación se mueve hacia afuera y transforma lo que encuentra en el entorno.

Cuando las imágenes se proporcionan demasiado rápido y con demasiada frecuencia, el proceso puede invertirse. En lugar de que la imaginación moldee la experiencia, las imágenes externas comienzan a ocupar el espacio interior donde normalmente crecería la imaginación. El niño puede seguir jugando, pero las imágenes que guían el juego ya no surgen de su propia actividad interior.

El jardín se llena antes de que haya tenido tiempo de crecer.

Por esta razón muchos educadores y especialistas en desarrollo infantil recomiendan proteger al niño pequeño de la exposición a los medios. El objetivo no es simplemente limitar el entretenimiento. Es proteger el jardín interior del niño mientras todavía se está formando. Los niños necesitan espacios donde puedan surgir sus propias imágenes.

Las historias contadas en voz alta son una de las formas más nutritivas de apoyar este proceso. Cuando un padre, una madre o un maestro cuenta una historia desde la memoria o desde la imaginación, el niño debe crear las imágenes interiormente. Las palabras se convierten en semillas que despiertan la imaginación. Cada niño forma sus propias imágenes, únicas y personales.

La naturaleza ofrece otra poderosa fuente de alimento para la imaginación. Un paseo por el bosque, el movimiento de las nubes en el cielo o el sonido del agua corriendo sobre las piedras poseen profundidad y apertura en lugar de significados fijos. El niño se encuentra con estas experiencias con curiosidad y poco a poco las transforma mediante el juego y la imaginación.

Los materiales abiertos dentro del hogar y del aula también apoyan este proceso. Un trozo de tela puede convertirse en una vela, una manta para una muñeca o el techo de una pequeña casa. Los bloques de madera pueden transformarse en puentes, castillos o aldeas. Las piedras, la arena, el agua y los juguetes simples invitan a la imaginación del niño a encontrarse con el mundo a mitad de camino.

Con el tiempo estas experiencias se acumulan y forman el material vivo del mundo interior del niño.

En la primera infancia este mundo interior permanece muy cerca de la superficie de la experiencia. El niño se mueve con fluidez entre imaginación y realidad. Un caballo hecho de un palo puede galopar por un campo con completa seriedad, y momentos después el niño puede

volver a recoger piedras o cavar en la tierra. Estas transiciones suceden de forma natural porque el niño todavía no está atado a divisiones rígidas entre lo que es real y lo que es imaginado.

Poco a poco, a medida que los niños crecen, esta relación comienza a cambiar. La imaginación que antes vivía tan libremente en el juego comienza a transformarse en la capacidad de pensar. Las imágenes que antes aparecían en juegos e historias se convierten en la habilidad interior de imaginar posibilidades, comprender ideas complejas y empatizar con las experiencias de otras personas.

De esta manera la imaginación se convierte en el fundamento silencioso de la vida intelectual posterior. El niño que ha pasado años formando imágenes interiores vivas será más tarde capaz de sostener ideas interiormente, imaginar soluciones y comprender la vida interior de otras personas.

Por esta razón padres y maestros permanecen silenciosamente en el umbral del mundo interior del niño. Los entornos que creamos, las imágenes que permitimos entrar en el hogar y los ritmos de la vida diaria moldean el paisaje de la imaginación infantil. Al proteger esta vida interior ayudamos a preservar una de las fuerzas más importantes del desarrollo humano.

La imaginación del niño pequeño no es simplemente una etapa encantadora del desarrollo. Es el comienzo de la capacidad humana de crear significado, imaginar posibilidades y traer algo nuevo al mundo.

La vida interior del niño realmente se asemeja a un jardín oculto. Dentro de él las semillas de la creatividad, la empatía y la comprensión están echando raíces silenciosamente. No podemos obligar a que estas semillas crezcan, pero sí podemos cuidar el suelo donde viven.

Cuando protegemos la imaginación del niño de intrusiones innecesarias y lo rodeamos de belleza, ritmo y experiencias vivas, algo extraordinario comienza a desplegarse. El niño continúa jugando, soñando y transformando el mundo con objetos simples e historias, mientras algo mucho más grande toma forma lentamente dentro de él.

El jardín secreto de la infancia está creciendo, y dentro de ese lugar silencioso se están formando amorosamente los fundamentos de la creatividad, el pensamiento y la compasión. Algún día la imaginación que convirtió palos en caballos y piedras en aldeas se convertirá en la capacidad humana de imaginar un mundo mejor y ayudar a hacerlo realidad.

Biografía del Autor

HeyZeus Oak es el propietario de Heart in Hand Preschool en Portland, Oregón, un programa de educación infantil Waldorf totalmente certificado y miembro de WECAN. Es mentor formado a

través del Center for Anthroposophy y está dedicado a cultivar reverencia, ritmo y belleza en la vida de los niños pequeños.